



## TERCERA LECCION

### ¿QUÉ AGRUPACIONES SOCIALES SON HOY NACIONES?

Señoras y señores:

Terminaba la última lección diciendo que lo que hace a una nación es la conciencia que existe a un mismo tiempo en todos los individuos pertenecientes a un mismo grupo social, de que hay una íntima y profunda interdependencia entre el territorio y el pueblo que lo habita, y que solamente mediante el territorio puede este pueblo cumplir su destino; quiero decir, alcanzar el ideal de orden material o moral que se ha forjado. Añadía que el vínculo nacional es tanto más fuerte y resistente cuantas más luchas, más pruebas, más esfuerzos y más dolores se hubiesen experimentado en común para lograr la pacífica posesión de este territorio. Y decía además que el origen común, la nacionalidad, no basta para constituir una nación, y que para que haya nación es preciso que este sentimiento de in-

terdependencia haya penetrado profundamente en la conciencia de todos los miembros del grupo, en los poderosos y en los débiles, en los ricos y en los pobres, en los sabios y en los ignorantes, en los gobernantes y en los gobernados, y finalmente, que en el fondo de este sentimiento palpita algo de místico, de religioso, que le presta tanta más fuerza cuanto más en lo íntimo, en la entraña misma de la naturaleza humana, haya arraigado.

Ha llegado el momento de investigar ahora cuáles son las grandes agrupaciones sociales de la época actual a las cuales podemos atribuir este carácter nacional. Claro es que no hay posibilidad de examinarlas todas. Yo no estudiaré sino algunos ejemplares típicos, elegidos, claro está, entre los países que tomaron parte en la gran guerra.

## I

Heme preguntado, no sin cierta perplejidad, de qué medios podríamos valernos para reconocer y demostrar al mismo tiempo si las ideas anteriormente expuestas son exactas, y si lo que he llamado sentimiento nacional había penetrado en lo más profundo de las conciencias simples e ignoran-

tes de un país, suscitando el sentimiento místico del amor a la patria. He aquí en lo que he pensado, lo que me sugirieron, sinceramente lo digo, las largas conversaciones que sostuve, a bordo del buque que me trajo a América, con un francés que hizo toda la campaña como oficial de Artillería.

Suponed que en el momento que señaló el punto culminante de la guerra, en el mes de marzo de 1917, esto es, en el momento en que Rusia participaba aún en la lucha y los Estados Unidos acababan de entrar en ella, hubiérais podido recorrer los diversos frentes e interrogar al soldado más humilde, al más iletrado, preguntándole: “¿Por qué te bates tú?” ¿Qué contestación habríais recibido? Creo firmemente no equivocarme al expresar aquí las respuestas que, poco más o menos, os habrían sido dadas.

El “peludo” francés os habría respondido: “Yo me bato porque no quiero ser “boche”. He visto desfilas por los hospitales numerosos heridos de todas las clases sociales; a cuantos hice esta pregunta, la sinceridad dictó la misma respuesta: “No quiero ser “boche”. El bravo “peludo”, al responder así, no sospechaba que resumía en una palabra la historia entera de su país. La nación francesa, constituida en el trans-

curso de los siglos, conquistó su fuerte individualidad en lucha contra Alemania y por no ser alemana.

Si interrogárais al soldado belga, su respuesta habría sido bien sencilla: “Me bato porque el emperador alemán, con menosprecio al derecho de los tratados y a la fe jurada, ha violado la neutralidad del territorio que habito.”

A la misma pregunta, el servio respondería que se bate porque un Gobierno imperial pretendió atropellar su independencia nacional, con tanto trabajo reivindicada contra el turco, y porque no quiere vivir sometido a los Habsburgos.

Hubiéraisle propuesto la misma cuestión al “tommy” inglés y os diría, poco más o menos, esto: “Me bato porque pertenezco a una nación que ha constituido un inmenso imperio colonial, que pretende la primacía comercial y marítima en el mundo, y no quiere ni debe querer que otra nación le despoje de esta primacía y se instale en Amberes para amenazarle en su posición insular.”

El soldado americano al que hubiérais planteado la misma cuestión os habría seguramente respondido algo análogo a lo que, en términos elocuentes, decía el presidente Wilson el 1.º de septiembre de 1918,

dirigiéndose a los obreros americanos: “Es esta una guerra cuyo fin es garantizar a las naciones y a los pueblos del mundo entero contra toda potencia semejante a la autocracia alemana. Es una guerra de emancipación, y en tanto no fuera ganada, no podrán los hombres vivir en ninguna parte sin temor, ni respirar libremente ejecutando su cotidiana labor, y decirse que los gobernantes son sus servidores y no sus amos.”

Pasemos a las líneas alemanas. Interrogado el “Michel” alemán, ¿qué respuesta daría a vuestra pregunta de por qué se bate? De seguro, ésta: “Porque el emperador lo quiere.” Y si continuando el interrogatorio inquiriérais por qué el emperador lo quiere, os respondería sin duda: “Porque Alemania sea sobre todo (*Deutschland über alles*: Alemania debe estar por encima de todo), y para que así sea, es preciso que aplaste a su vecino del Oeste.”

El soldado austriaco os hubiera respondido probablemente esto: “Me bato porque no puedo hacer otra cosa, porque una organización política, a la que estoy de hecho subordinado, me lo exige, y si no lo hiciera, se me fusilaría.” Digamos de paso que, incontestablemente, es esta mentalidad del soldado la causa principal de la debilidad del ejército austriaco, siempre batido

cuando combatía solo, sin estar encuadrado por tropas alemanas, derrotado por los serbios, derrotado hasta por los italianos.”

Los soldados italianos, ¿qué habrían contestado a nuestra pregunta? Probablemente, esto... Pero francamente, con toda sinceridad, diré que no estoy completamente seguro de ello, porque habiendo realizado la experiencia en los hospitales, donde he visto muchos soldados italianos heridos o enfermos, las respuestas que de ellos obtuve fueron un tanto obscuras, y su ardor por batirse, bien relativo. Sin embargo, había en todos ellos una idea, bastante confusa, es cierto, de que su intervención en la guerra era necesaria para que su nación llegase a estar completamente constituida, lo que sólo podía lograrse anexionándose a los pueblos de la misma raza que ellos, hasta entonces sometidos a la dominación extranjera, y haciendo que el suelo por ellos habitado se incorporase al territorio nacional italiano.

Y finalmente, ¿qué hubiera dicho el “mujik” ruso si se le plantease la misma cuestión? Su respuesta se adivina, sin dar lugar a duda, lo mismo que la que daría el “mujik” del ejército rojo si hoy se le hiciese la misma pregunta: “Yo me bato—respondería—porque un poder superior lo quie-

re.” Poder superior, el zar o el dictador Lenin: uno y otro son exactamente la misma cosa.

Si, prosiguiendo el diálogo, hubiérais preguntado al ruso: “Por qué el zar o el dictador quieren que te batas?” De seguro que oiríais estas palabras: o bien *Niponi-mai* (yo no comprendo), o bien *Nitchevo* (¡qué más da, no importa!) ¡No comprendo, qué importa! Toda Rusia está en esas dos palabras.

## II

Según eso, tenemos derecho a decir: **SÍ**, existe una nación francesa; **sí**, existe una nación belga; **sí**, existe una nación servia; **sí**, existe una nación americana; **sí**, existe una nación inglesa y una nación italiana, aunque, sin embargo, respecto de esta última acaso podrían hacerse algunas reservas, sobre las que no me es posible insistir; **sí**, existe una nación alemana. Pero no existía una nación austriaca. Había, es verdad, un Gobierno imperial austriaco que imponía su poder a diversos pueblos no ligados entre sí por lazo alguno, pueblos que no tenían sino a desasirse del dominio imperial, a agruparse por nacionalidades, a formar, acaso, naciones nuevas. Pero una nación

austriaca es cosa que no ha existido jamás. Cuando yo oía a algunos juristas definir públicamente el Estado como nación organizada gubernamentalmente, oponía siempre a esta definición el ejemplo de Austria, y decía: Austria es un Estado; en modo alguno puede disputársele este carácter, y, sin embargo, ¿dónde está la nación austriaca? No la veo en ninguna parte. Hay allí alemanes, húngaros, eslavos, italianos, tchecos, eslovenos, eslovaquios, poloneses, galicianos y no sé cuantos más. Pero austriacos, no. Y por esto, cuando el ejército austriaco fué vencido, el Estado austriaco se vió, por consiguiente, inmediatamente desmembrado, porque no tenía el apoyo de una nación.

Lo mismo que cuando oigo reprochar al Gobierno francés que ha firmado los tratados de paz no haber intentado reconstituir una Austria poderosa que sirviese de contrapeso a Alemania, no se quebranta mi convicción de que el reproche está mal fundado, puesto que hay cosas que no pueden realizar los políticos más hábiles cuando esas cosas son contrarias a las fuerzas sociales, las que me inclino a creer obran en ciertos momentos con el poder irresistible de las fuerzas físicas. Para hacer un Austria poderosa que sirviese de contrapeso a Alemania habría sido preciso que existiese



una nación austriaca, y ni ésta existía ni ha existido jamás.

Se dirá: ¿Y Rusia? Que no se me hable de la nación rusa; es una expresión que no contiene ni un átomo de realidad. He estado en Rusia, hace ya bastante tiempo, es cierto, pues fué en 1887; permanecí allí una larga temporada, en el corazón mismo del inmenso imperio: en Moscou, en Nijni-Novogorod y en Kazan. He visto allí mucha gente que pertenecía a medios distintos; deduje de mi estancia allí la impresión clarísima de que Rusia estaba a la sazón muy lejos de lo que podemos llamar un estado nacional, y según todo lo que leo, me parece que las cosas no han cambiado después. La inmensa mayoría del pueblo ruso se compone de aldeanos analfabetos, totalmente ignorantes, sin que comprendan más que una cosa: la posesión de un pedazo de tierra suficiente para asegurar su subsistencia y la de su familia. Viven embotados por el frío una mitad del año. En lo alto, una clase superior, que ante el éxito del bolchevismo se distribuye en dos grupos: la aristocracia de la fortuna o la del nacimiento y los intelectuales. Los aristócratas de origen o del dinero, de una moralidad sospechosa, no pensando sino en los favores y halagos que aquéllos producen ni ansiando más que

en explotar lo que les quedaba de privilegios y en gastar en París o en Niza las rentas, a veces considerables, de las tierras cultivadas por los “mujiks”. Los intelectuales, completamente desequilibrados, porque han llegado demasiado rápidamente, sin etapas, a un grado superior de civilización, lo que ha enervado sus cerebros eslavos. Ya en 1887 muchos de ellos soñaban con un trastorno general, con una catástrofe mundial, so pretexto de regenerar la humanidad. Recuerdo todavía que un gran abogado de Moscou nos declaraba fríamente, en un banquete casi oficial: “Para los tiranos no hay más que el hierro y el fuego.”

Digamos, además, que en Rusia no existía verdaderamente clase media; esa clase formada por un núcleo considerable de personas de vida independiente, que son al mismo tiempo capitalistas y trabajadores, y que en algunos países, como en Francia, constituyen el elemento básico de la estructura nacional. En resumen, en ningún momento he encontrado en el espíritu de Rusia la conciencia neta de que pertenecía a una nación, es decir, a una agrupación fuertemente constituída, en la que todos los miembros persiguen un ideal común. Yo no había visto allí más que una masa amorfa de pueblos dispuestos a aceptar todas

las dictaduras, susceptibles de algunas conmociones bajo la acción de la clase de los intelectuales, pero siempre debiendo tender, bajo diferentes nombres, al establecimiento de una dictadura.

Los acontecimientos que conocemos demuestran que no me equivocaba. Cuando fué pactada, en 1897, la alianza franco-rusa, y yo oía repetir constantemente que no era una alianza entre dos Gobiernos, sino entre dos naciones, me preguntaba si después de diez años que yo había ido a Rusia tanto pudieran haber cambiado las cosas a este respecto. No podía creerlo; veía la nación francesa, ardiente, generosa, darse entera a esta alianza, esperando encontrar en ella un apoyo contra el enemigo hereditario del Este. De nación rusa, yo no veía nada. Y de hecho, esta pretendida alianza entre dos naciones tenía la evidencia de que se desplomaría a la primera prueba. Si hubiese habido verdaderamente una nación rusa, como existe una nación francesa; si la alianza hubiera unido de veras a dos naciones, la revolución de 1917, el cambio de Gobierno entonces operado no habrían podido originar la ruptura de la alianza, que hubiese permanecido intacta como las naciones cuyas voluntades y destinos unía.

Si los rusos hubiesen visto, como nos-

otros, una guerra verdaderamente nacional en la lucha de 1914, no hubiesen salido de ella antes de la victoria completa. Si ellos hubiesen sabido y comprendido por qué se batían, hubiesen continuado batiéndose hasta la solución definitiva. La derrota rusa se explica, por el contrario naturalmente, si se tiene en cuenta que Rusia no es una nación, sino una masa popular incoherente y amorfa, dispuesta a recibir todas las tiranías; masa aldeana que aceptará todo si se le da una parcela de tierra; audaces intelectuales con espíritu extraordinariamente vivo y brillante, imbuídos de la teoría catastrófica de Karl Marx, queriendo ponerla en obra y ejerciendo para ello una dictadura sangrienta. El bolchevismo es un producto espontáneo de la tierra rusa; no podía nacer más que allí; no puede sostenerse y desarrollarse más que allí. En un pueblo que fuese verdaderamente una nación libre y consciente de sí misma, las tentativas de esa índole serían siempre esporádicas e impotentes.

## III

El hablaros de Rusia me ha llevado a invertir en ello más tiempo del que pensaba. ¿Acaso era esto inútil? Creo, en efecto, que comprendemos mejor lo que es una nación viendo bien lo que no es una nación. Especialmente, encontramos allí una prueba evidente de que no es solamente la comunidad de raza ni aun la comunidad de lenguas lo que constituye la nación. La comunidad de raza y de lengua forma la nacionalidad, pero no la nación. Lo que hace la nación es la existencia de una conciencia común, según la expresión de J. J. Rousseau, la existencia de un yo común, y además, la persecución del ideal común unido a la posesión de un cierto territorio. Sería interesante hoy en día coger uno a uno de los diferentes países de que he hablado y escudriñar cómo se han constituido en nación y por qué son hoy naciones. Existe allí un dominio histórico en extremo interesante y vasto, pero que no puedo, evidentemente, explorar por completo. Además, mi examen versará sobre tres países solamente, que, por motivos que no necesito decir, nos interesan muy particularmente: los Estados Unidos, Francia y Alemania.

No hablaré de Inglaterra, porque para ella, la cuestión de formación nacional se presenta en condiciones desde luego particulares, que provienen en gran parte de su situación insular, que provienen también de divisiones étnicas y territoriales muy antiguas, formadas en la Gran Bretaña y derivadas del hecho de la existencia de pueblos que conservan los rasgos típicos de las razas diversas que la habitan: Inglaterra propiamente dicha, al Sur; el país de Gales, al Oeste, y Escocia, al Norte. La evolución que ha seguido Inglaterra fué, sobre todo, presidida por la clase aristocrática, que hasta hace pocos años aún ejercía influencia preponderante. Finalmente, a Inglaterra se le presenta desde hace tiempo un problema, hoy más agudo que nunca: el problema irlandés (1). No se puede asegurar que Irlanda no constituya una nación consciente de sí misma. ¿Con qué derecho,

---

(1) Inglaterra ha dado plena satisfacción al sentimiento autonomista irlandés, pactando con el "Sinn-Fein" el establecimiento y la organización del Estado Libre de Irlanda. Y aunque existen discrepancias fundamentales en lo que atañe al más y al menos del régimen y forma de Gobierno, el pleito entre republicanos y "sinn-feiners" es un pleito irlandés de organización interna. Inglaterra, consecuente con su historia, ha cumplido con ella y satisfecho a la conciencia universal dejando que Irlanda se gobierne por sí misma. (N. del T.).

por consiguiente, discutirle la libertad de que se dé un Gobierno independiente y leyes autónomas? Grave problema, más político que sociológico o jurídico, que no quiero abordar.

De los Estados Unidos hablaré muy poco. Sería indiscreto y petulante que un profesor extranjero admitido en una Universidad que cuenta con tan eminentes sociólogos y tantos esclarecidos patriotas quisiera disertar extensamente sobre las causas por las que los Estados Unidos, desde 1776, constituyen verdaderamente una nación. No haré, pues, a este particular sino muy cortas observaciones.

No se dirá por los Estados Unidos, supongo, que lo que constituye la nación es la comunidad de origen étnico, la nacionalidad, ya que en este inmenso crisol que es el territorio americano han venido a fundirse y asociarse hombres de todas las razas.

No, lo que hace la nación americana es que desde hace ya tres siglos existe en ella una idea común, fundamental, que llena el espíritu de cuantos a ella vienen para trabajar en ella, fijando su residencia en el suelo americano. Esta es la idea tan claramente expresada en el pasaje, que citaba al principio de esta lección, del mensaje del presidente Wilson. Ella ha sido como el

fermento que ha dado sabor y vigor propios a la nación americana. Ha sido afirmada por los "Pilgrims Fathers" cuando vinieron a establecerse en la Nueva Inglaterra. Ha sido afirmada solemnemente por las colonias que fundaron, cuando éstas fueron manumitidas de la dominación inglesa. Aun aquí aparece una similitud que sorprende entre Francia y los Estados Unidos. Fué en una lucha contra Inglaterra en la que habéis fundado vuestra vida nacional. Así también, luchando contra Inglaterra en los siglos xiv y xv, los franceses hemos constituido la nación francesa. En fin, la idea que ha formado la nación americana, la voluntad de trabajar libremente y en paz en un suelo independiente ha brillado con fuerza irresistible cuando esta libertad ha sido amenazada manifiestamente por una Alemania militarista y conquistadora.

En la historia de los Estados Unidos ha sido un momento crítico la llamada guerra de secesión. Entonces, la unidad nacional pudo sufrir quebranto, pero estaba ya muy sólidamente establecida para que pudiese ser rota, y, lejos de estrellarse, ha salido reforzada de la prueba.

Esta individualidad nacional de los Estados Unidos aparece tanto más resistente cuanto que se armoniza con el sistema fe-



deral. La fuerte individualidad nacional que es Francia siempre ha sido acompañada por una poderosa centralización política y administrativa. Aquí, al contrario, habéis practicado siempre el régimen federal, es decir, una amplia descentralización política. Hay leyes federales, pero hay también leyes de los Estados. Al lado de la administración federal está la administración de los Estados, y no es raro, aun hoy, que haya conflictos entre los Estados particulares y el Estado federal. A pesar de esto, la unidad nacional permanece indisoluble e intacta. Nueva prueba de que no más que la comunidad de raza, la centralización política y administrativa no forma por sí sola la unidad nacional; nueva prueba de que es únicamente el sentimiento profundamente arraigado en la conciencia de cada uno de los miembros de un grupo social de que debe perseguir un fin que se impone por sí mismo y que forma el ideal de su vida. Esto es lo que hace la nación: la fe en cierto ideal, que tiene siempre su raíz en el territorio que habita un pueblo y que quiere todo para él, porque en él ve la condición indispensable para una vida independiente de paz y de trabajo.

Sería necesario inquirir también si los pueblos a los que el Tratado de Versalles

(23 junio 1919) acaba de reconocer la autonomía política constituyen verdaderamente naciones. El hecho de que en lo sucesivo Yugoslavia, formada por la formación de la antigua Servia, de Montenegro y de Croacia, tiene hoy una organización autónoma extendiéndose sobre estos tres países; el hecho de que los tchecoslovacos y el territorio que habitan, sometido antes a la dominación austriaca, tienen hoy gobierno propio; el hecho de que la antigua Polonia esté reconstituída por la reunión, bajo una misma autoridad política, de las provincias que habian sido repartidas en el siglo XVIII entre Rusia, Austria y Prusia, estos hechos todos no demuestran por sí mismos que exista una nación yugoeslava, una nación tchecoslovaca, una nación polonesa, si bien existen, no podía negarse, nacionalidades yugoeslava, tchecoslovaca, polonesa, es decir, pueblos que parecen tener un mismo origen y que hablan el serbiocroata, el tcheco, el polonés. Y aun así, ¿es esto seguro? Los orígenes étnicos, ¿son tan ciertos como lo pretenden los representantes de estos pueblos? ¿No ha existido, desde hace siglos, una mezcla continua de razas? Y en los territorios yugoeslavo, tcheco y polonés, ¿no existe un número relativamente elevado de individuos que son de origen di-

ferente o de raza mezclada? No; aun admitiendo que exista, no es esta comunidad étnica de origen la que podrá hacer que estos pueblos sean verdaderas naciones. El concepto nacional está en el papel que desempeñen, en la idea que servirán, en los medios con que sabrán servirla, en la conciencia que tendrán de ella, y con el tiempo solamente podrán constituir su unidad nacional si saben resistir las pruebas y cumplir su destino.

Yo había pensado, desde luego, hablar hoy de las dos naciones que deben, sobre todo, mantener nuestra atención; no necesito decir por qué en cuanto diga que se trata de Francia y Alemania. Pero me he dejado llevar más allá de lo que primeramente me proponía, y debo consagrar a este fin una lección entera. Lo merece, seguramente; éste será el objeto de nuestra próxima conversación.